
Prólogo

ÁLVARO CANCELA CILLERUELO

Universidad Complutense de Madrid
alvarocancela@ucm.es

FELIPE G. HERNÁNDEZ MUÑOZ

Universidad Complutense de Madrid
fhmunoz@filol.ucm.es

Hace aproximadamente dos años, el Presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, el Prof. Jesús de la Villa, encargó a quien habría de ser uno de los editores (Felipe G. Hernández Muñoz) la coordinación de un volumen extraordinario de la revista *Estudios Clásicos*, que se dedicaría monográficamente al estudio de los manuscritos griegos y latinos en España. La idea era que gracias a la lectura del volumen los socios y lectores de la revista, no necesariamente especialistas en la materia, pudieran contemplar un panorama suficientemente amplio y representativo de cómo se ha trabajado —y se trabaja—, y con qué resultados, en este campo, esencial para la preservación de nuestro rico patrimonio clásico.

Casi de inmediato se empezó a trabajar en el volumen bajo un principio rector: el equilibrio. Equilibrio entre las dos principales áreas concernidas: la Filología Griega y la Latina; equilibrio también entre los enfoques de estudio sobre estos manuscritos: el paleográfico-codicológico y el crítico-textual; y equilibrio, en fin, en la procedencia de los posibles colaboradores del volumen. En aras de ese mismo equilibrio se invitó también a un colaborador (Álvaro Cancela Cilleruelo), procedente del área de la Filología Latina, para que también se convirtiera en coeditor del volumen.

Teniendo en cuenta la extensión establecida por la revista para un volumen de este tipo, se fijó en diez el límite de los colaboradores, repartidos equilibradamente, en la medida de lo posible, entre la Filología Griega y la Latina, y con ámbitos de especialización, temáticos y cronológicos, también complementarios. Para establecer los primeros contactos se partió de la red de investigadores y colaboradores relacionados, directa o indirectamente, con el proyecto, ya de largo recorrido, «Manuscritos griegos en España y su contexto europeo», y de esos contactos resultó una primera

nómina, que sería también la definitiva, de colaboradores: los diez que integran el presente volumen, incluidos los dos editores.

Somos conscientes de que los investigadores que podrían haber colaborado en el volumen habrían podido ser muchos más, o diferentes, y de que el lector quizá eche en falta, con razón, tal o cual nombre. De antemano pedimos disculpas por ello: el primer editor del volumen, cronológicamente hablando, asume toda la responsabilidad por la posible omisión, pero téngase en cuenta que, como ya queda apuntado, el propósito de un volumen como éste no era la exhaustividad, sino la representatividad de los enfoques y colaboraciones.

El resultado es el que se ofrece a continuación: especialistas de diferentes centros e instituciones (Universidad Complutense de Madrid, Universidad de Salamanca, Universidad de Zaragoza, Universidad de Granada, Universidad de Huelva y CSIC) se adentran en el apasionante campo de los manuscritos griegos y latinos desde diferentes perspectivas de estudio. Mucho de lo que se presenta aquí es el fruto maduro de la semilla que en su día sembraron, con su magisterio y su estímulo, maestros como Antonio Bravo, Manuel Díaz y Díaz, José Lasso de la Vega, Luis y Juan Gil o Lisardo Rubio, entre otros. Como en otras disciplinas, también ellos sentaron las bases de los estudios sobre tradiciones manuscritas de los autores griegos y latinos en España.

Por lo que se refiere a su estructura, la organización del monográfico sigue un hilo conductor que intenta guiar al lector desde la Antigüedad a la época tardía y, desde ella, al Medioevo y al Renacimiento, desembocando en la transmisión impresa, difundida con la Biblia de Gutenberg desde mediados del siglo xv. Tal recorrido afecta a la cronología de las obras estudiadas y, a la vez, a las fases abordadas de su transmisión, por las características intrínsecas de este último proceso: recuérdese que, salvo por los papiros (a menudo, fragmentarios) y los códices tardoantiguos (comparativamente escasos), el grueso de obras antiguas ha sobrevivido en ejemplares medievales y renacentistas, por lo que el estudio de la transmisión de los clásicos reposa sobre el conocimiento de la lengua y literatura clásicas y, al mismo tiempo, sobre la paleografía, codicología e historia cultural del Medioevo y del Humanismo.

Como representación panorámica de este proceso en un texto antiguo y como ilustración de una tradición compleja y de algunos problemas concretos en su investigación actual, el monográfico se inicia con un trabajo de Antonio Moreno Hernández, dedicado a un clásico de la historiografía latina: los *Commentarii* de Julio César. En efecto, los lectores menos

familiarizados con la edición y la historia de los textos se sorprenden en ocasiones de que, pese a la larga tradición filológica que se ha ocupado de ellas, no son pocas las obras grecolatinas —en ocasiones, de autores de primera entidad—, cuya transmisión manuscrita e impresa requiere todavía de amplias investigaciones, críticas e históricas, y cuyo texto, lejos de estar fijado, sigue en numerosos pasajes abierto, sometido a profundas discusiones. Uno de tales autores es precisamente Julio César. En su contribución, Moreno Hernández ofrece, en primer lugar, un *status quaestionis* de la tradición manuscrita de los *Commentarii* y de los progresos realizados en las ediciones de los siglos XIX–XXI. Tras ello, el núcleo del trabajo aborda tres cuestiones de primera entidad, que subrayan hasta qué punto, pese al interés que ha despertado y a la sucesión de tantas ediciones célebres, el texto de César y, en especial, sus aparatos críticos deben ser objeto de una profunda revisión: en primer lugar, la necesidad de releer los códices antiguos, cuya colación en ocasiones se toma de ediciones precedentes (heredando sus errores); en segundo lugar, el interés de colacionar y estudiar también los testimonios no relevantes desde el punto de vista del *stemma codicum*, que, sin embargo, permiten una comprensión más exacta de la historia textual de la obra; en tercer lugar, la necesidad de revisar las atribuciones de las conjeturas que tratan de sanar pasajes corruptos y que en los aparatos modernos tienen a veces atribuciones incoherentes o inexactas, bien porque, aunque atribuidas a humanistas y editores antiguos, en realidad proceden de códices *recentiores* menos conocidos, bien porque no siempre se han examinado, de forma directa y detenida, las ediciones de los siglos XV–XIX.

Por su parte, como muestra de la transmisión de textos antiguos griegos y de su herencia medieval y renacentista, el trabajo de Felipe G. Hernández Muñoz intenta ofrecer una panorámica de un cuarto de siglo de estudios sobre manuscritos griegos en proyectos dirigidos, en cuyo núcleo ha estado la edición y transmisión de los oradores y rétores griegos de época clásica e imperial (Demóstenes, Esquines, Hiperides, Menandro, Alejandro, etc.), que en las últimas décadas ha experimentado avances relevantes. De los diversos aspectos abordados, el trabajo sintetiza uno de los debates candentes en las últimas décadas: el valor textual de los códices *recentiores*, secularmente menospreciados por una tendencia crítica imperante que suele excluirlos sin una *collatio* previa. La panorámica se ocupa —principal, aunque no exclusivamente— de manuscritos conservados en bibliotecas españolas, que no habían sido colacionados para las principales ediciones al uso o lo habían sido de forma muy parcial.

Los resultados muestran que su filiación textual es a menudo compleja, por la *contaminatio* existente, y que en ellos a menudo se hallan lecciones de interés, conjeturas posteriormente excogitadas por filólogos modernos y variantes que concurren en papiros. Igualmente, el estudio de la tradición manuscrita más reciente permite una comprensión más precisa del estado y fuentes textuales de las primeras impresiones de los textos clásicos y, en el caso que nos ocupa, de las ediciones Aldinas. La síntesis presentada aborda también estudios sobre una institución del siglo XVIII que puede considerarse precedente de la SEEC (la Academia Greco-Latina Matritense), la *Biblia Polígota Complutense* (que hoy día vuelve a concitar notable interés por recientes novedades en el estudio de sus fuentes y sobre la que volveremos más adelante) junto con los códices griegos del fondo histórico de esta institución, el *Álbum de copistas de manuscritos griegos en España* y un problema clásico en la literatura antigua: los criterios de autenticidad sobre obras transmitidas de dudosa autoría.

El período tardoantiguo y altomedieval marcó un hito en la transmisión de los textos, tanto por motivos materiales como por cambios culturales, que afectaron al gusto estético, a los intereses intelectuales y a la educación. En el Occidente latino, el monacato, ampliamente desarrollado en los siglos sucesivos, es un fenómeno central en la transmisión textual de la literatura antigua, tardía y medieval, por el conjunto de redes culturales que establece y su vinculación a otros fenómenos históricos. De este ámbito cultural se ocupa el trabajo de Isabel Velázquez Soriano, que aborda un tipo de texto particularmente complejo: las llamadas reglas monásticas. El trabajo, centrado en las reglas de la Hispania visigoda y otros textos afines (los pactos monásticos), plantea cómo estos textos, en origen normas de conducta, se transformaron en productos literarios de cariz didáctico, instructivo o exhortativo, pero no necesaria o exclusivamente normativos. Tal transformación se refleja en la forma en la que se transmiten, incluidos en compilaciones de reglas: los llamados *codices regularum*. Con tales recopilaciones se ilustra una modalidad de transmisión bien conocida en el Medioevo grecolatino y unida a las posibilidades que permite el formato, ya impuesto, del *codex*: la transmisión conjunta de obras diversas agrupadas en *corpora*, que presentan la característica adicional de que los textos agrupados en ellos ofrecen numerosas conexiones intertextuales.

Caído en un olvido casi unánime el conocimiento del griego, los textos escritos en esta lengua que circularon en el Medioevo latino —incluyendo significativas obras tardías y patrísticas— lo hicieron bajo la forma de traducciones. En esta modalidad de la transmisión de los textos, sobre el

que tanto trabajo es todavía necesario, ocupan un lugar preeminente las versiones latinas de las obras de Aristóteles, que tanto influjo ejercieron en la filosofía, la teología y la educación medieval y renacentista. En el marco de su estudio del aristotelismo peninsular, Ángel Escobar dedica a este fenómeno una contribución, enfocada en dos períodos capitales para la transmisión de textos en la Península Ibérica: la Hispania visigoda en tiempos de S. Isidoro de Sevilla († 636) y el Toledo de la segunda mitad del siglo XII, que enfrentan al estudioso con problemas diversos. El primero, con la existencia de fuentes intermedias como Casiodoro (ca. 485–580), cuyo libro II de las *Institutiones* aportó al autor de las *Etimologías* un material aristotélico difundido por la enciclopedia isidoriana con enorme influencia en todo el Medioevo: Isidoro tuvo que haber manejado un código, hoy perdido, de la obra de Casiodoro, aunque su filiación y reconstrucción son problemáticas. El segundo ámbito aborda la difusión de Aristóteles a través de traducciones al latín realizadas en el entorno de Toledo, no desde el texto griego, sino desde las versiones árabes, y difundidas desde Toledo a Francia, Inglaterra e Italia.

El citado caso de S. Isidoro es un buen ejemplo de que la investigación de fuentes es, implícitamente, una reconstrucción de bibliotecas que una vez existieron y de los códigos que autores posteriores manejaron y que, como en el caso de Isidoro, tantas veces han desaparecido. Pero la investigación sobre estos testimonios perdidos puede realizarse también desde otra perspectiva. El editor de un texto, preparando el elenco de códigos que lo transmiten, topa en ocasiones con inventarios y noticias de bibliotecas que hoy ya no existen o que contenían copias de la obra editada que han desaparecido. ¿Qué supone su pérdida? Este es el problema que aborda Álvaro Cancela Cilleruelo en su trabajo. Partiendo de la edición de unos textos del siglo VIII transmitidos en más de treinta copias, el artículo examina un buen número de noticias sobre manuscritos antaño conservados en las bibliotecas inglesas, francesas, suizas y españolas que, por no poderse identificar con testimonios conservados, hoy se consideran desaparecidos. El trabajo plantea que la pregunta anterior debe desdoblarse en dos aspectos, en puridad independientes: los efectos de su pérdida para la edición del texto y las consecuencias para la historia del mismo. Cuando las evidencias conservadas son, como en el caso que nos ocupa, suficientes, es posible sugerir una respuesta verosímil a ambas preguntas; en el caso citado, con toda probabilidad, la merma para nuestra comprensión de la difusión del texto es considerablemente mayor que para su edición crítica actual.

Por lo que respecta al Medievo griego, el trabajo de Inmaculada Pérez Martín ofrece buena muestra del papel central desempeñado por la paleografía griega en los estudios helénicos de las últimas décadas, de los progresos alcanzados, los desarrollos en curso y de la obligada reflexión metodológica a la que invita la investigación en las últimas décadas. El trabajo ofrece una revisión crítica de los códices en los que se ha identificado la mano del patriarca Gregorio de Chipre (1241–1290), a cuya figura Pérez Martín dedicó su tesis doctoral. Treinta años después, las reproducciones digitales de manuscritos han cambiado de raíz el acceso a los materiales de los que se nutre el análisis paleográfico, que ya no puede centrarse en una o dos láminas o en un conjunto de formas de letras más o menos arbitrario. Aplicando la reflexión metodológica previa, se ofrece un elenco revisado críticamente de los trece códices en los que la mano de Gregorio es visible y se examina la influencia de su escritura en sendos códices preservados en la Universidad de Salamanca y en la Biblioteca Apostólica Vaticana, figuras anónimas todavía, a la espera de una identificación histórica.

En la transmisión de los textos, tanto griegos como latinos, el período renacentista, con su multiforme renovación en los *studia humanitatis*, supone un período clave en el que tanto la lectura de las obras antiguas y medievales como su producción literaria original quedan profundamente marcadas por unos intereses propios y una mentalidad renovada, así como por acontecimientos capitales para la transmisión de la cultura y, por tanto, de los textos: el desarrollo en la Italia de los siglos XIV y XV del Humanismo y su difusión por Europa, la revitalización de la lectura de los clásicos latinos, el despertar del interés por el griego y su literatura en lengua original en el Occidente latino, el diálogo entre las letras latinas y la creciente producción en romance, el descubrimiento de textos ignorados total o mayoritariamente en el Medievo, la vinculación de los humanistas con las autoridades y círculos de poder, el flujo de manuscritos griegos desde Bizancio —particularmente tras su conquista otomana y la huida de tantos refugiados que portaban sus libros—, la producción de apógrafos de tales códices ya en Italia y otras ubicaciones, o la invención de la imprenta, contemporánea de los últimos estertores del Imperio Bizantino y protagonista de la historia textual posterior, hasta la eclosión del actual período del texto digital.

En este panorama humanístico, Tomás González Rolán examina la transmisión de un discurso latino compuesto por un humanista francés, Jean Jouffoy (ca. 1412–1473), que desempeñó importantes labores diplo-

máticas. Entre otras copias, el texto de esta *oratio* se transmite en una copia corregida por el propio autor, pero, significativamente, en una copia en el Burgo de Osma consta una versión distinta del mismo discurso: una primera redacción. La existencia de múltiples recensiones de un texto es conocida desde la Antigüedad: Pasquali les dedicó íntegramente un capítulo en su clásico *Storia della tradizione e critica del testo*, pero, a diferencia de los casos antiguos (donde a menudo la evidencia es muy limitada), los textos grecolatinos medievales y, sobre todo, humanísticos permiten abordar problemas a menudo comunes con los textos romances: la supervivencia completa de múltiples versiones (a menudo, originales) y la existencia de autógrafos o de «idiógrafos» (copias ratificadas, corregidas o revisadas por el autor). A ambos aspectos se suma un rasgo más, ya medieval y, sobre todo, humanístico: la existencia de traducciones al romance, como la que un personaje del siglo xv vinculado al marqués de Santillana, Martín de Ávila, realizó del citado discurso de Jouffoy; de tal traducción, significativamente, nos quedan también dos redacciones, que permiten analizar la conciencia del traductor y de decisiones textuales, en función de los fines perseguidos en cada versión.

De la *translatio studiorum* desde Bizancio al occidente latino que marca el período humanístico, y de sus avatares —a menudo, ligados a biografías de personajes muy concretos—, da una muestra muy ilustrativa el trabajo de Teresa Martínez Manzano, que sigue las huellas históricas de un códice de El Escorial, el manuscrito Σ.II.7, una copia de la *Iliada*, Jenofonte y Libanio, entre otros textos, de cuya historia apenas tenemos información en el benemérito catálogo de Alejo Revilla, publicado en 1936. Los avances en historia de los textos permiten conocer los modelos de buena parte de sus contenidos, y su escriba, que antes era un *anonymus* cuya mano aparecía en otros manuscritos, tiene ya, gracias a David Speranzi y Ciro Giacomelli, un nombre propio: Dionisio Sinates. De la mano de las evidencias históricas disponibles, Martínez Manzano reconstruye la historia de este manuscrito y de su escriba, que tras la toma de Constantinopla viajó por Morea, el Epiro y Corfú, donde el códice pasó a la familia de los Eparco. De allí Antonio Eparco, célebre marchante de manuscritos griegos, se lo llevó a Venecia, hasta que sus hijos lo vendieron a Felipe II, engrosando los fondos de El Escorial.

En el período humanístico y renacentista, marcado por el redescubrimiento del griego en la Europa latina, entre otras circunstancias, tiene lugar también la invención de la imprenta, que inicia la fase final de la transmisión manuscrita de los textos grecolatinos. El período que inaugura

esta nueva tecnología presenta problemas propios, pero su comprensión, particularmente en sus fases más antiguas, es indisociable del estudio de la tradición manuscrita. Esta interrelación, ya visible en el trabajo de Antonio Moreno, es particularmente patente en la contribución de Guillermo Galán Vioque, en la que se combina con otra faceta del renacer de los estudios helénicos: la enseñanza de lengua y literatura griegas. El artículo examina la transmisión de un conjunto de anotaciones explicativas surgidas, en origen, a partir de la enseñanza que el copista y filólogo cretense Marco Musuro (1475–1517) desarrolló en la Universidad de Padua en 1505–1506; a tal fin, Musuro compuso un conjunto de notas eruditas (escolios), destinadas a explicar una antología de epigramas griegos elaborada por Máximo Planudes (1260–1330) y conocida, por tanto, como *Antología Planudea*. De estas importantes notas conservamos una redacción autógrafa del propio Musuro: se halla en los márgenes de un ejemplar, conservado en la Biblioteca Apostólica Vaticana, de la primera edición de la *Antología Planudea*, impresa por Jano Láscaris en Florencia en 1494. El trabajo muestra cómo la tradición manuscrita de estos escolios es mucho más rica y relevante, no solo porque las notas autógrafas de Musuro están muy dañadas, sino porque se han conservado abundantes testimonios manuscritos e impresos que transmiten numerosos escolios a la misma obra. De estos testimonios, Galán Vioque examina en particular el texto de los cuatro ejemplares conservados actualmente en bibliotecas hispánicas: un incunable custodiado en la Catedral de Toledo y tres manuscritos, de los cuales uno, preservado en la Biblioteca Nacional, tiene un interés textual particular.

Por la amplitud de sus textos, la riqueza de lenguas, el resultado obtenido y la factura de su elaboración, la admirable *Biblia Políglota Complutense* (1514–1517), impulsada en la Universidad de Alcalá por el cardenal Cisneros (1436–1517) ocupa un lugar de honor en el desarrollo de la imprenta en Europa en general y en España en particular. De ella, y especialmente de su texto griego, se ocupa Carlos A. Martins de Jesus en un trabajo que repasa el estado de la cuestión y las últimas novedades sobre el texto del *Antiguo Testamento* y sus fuentes manuscritas; en particular, se analiza el papel del actual códice 22 de la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid, un manuscrito enviado a Cisneros desde Venecia que, como otros códices de esta sede, quedó profundamente destruido durante la Guerra Civil, y cuyos fragmentos han sido recientemente ordenados y digitalizados en un proyecto, desarrollado por el propio autor y Felipe G. Hernández Muñoz, que ha permitido recuperar prácticamen-

te tres cuartas partes de un códice que hasta hace no mucho se creía destruido. El empleo de este manuscrito resulta muy relevante para la composición de la *Políglota*, e, incluso, para establecer una relación entre esta fuente textual y el círculo veneciano de Aldo Manuzio que compuso e imprimió la *Biblia* en 1518, particularmente en relación con una figura ya citada: la de Marco Musuro, colaborador de Aldo entre 1493–1516 y anotador también del citado códice complutense.

El lector que se acerque a estas páginas verá convivir en ellas textos griegos y latinos, cuya edición es tarea nuclear en nuestra disciplina; autores clásicos, medievales y renacentistas; obras originales, piezas traducidas, composiciones transmitidas en varias versiones; códices conservados —y, a menudo, citados en los aparatos críticos de nuestras ediciones—, manuscritos perdidos, ediciones impresas; copistas, lectores y anotadores, laicos o religiosos, anónimos o célebres; cortes reales, monasterios y universidades; expediciones militares, órdenes religiosas, viajeros que emigraron con sus lecturas; bibliotecas conservadas, dispersadas y perdidas; eruditos, coleccionistas, comerciantes y herederos; codicología, paleografía, crítica textual e historia de los textos; preguntas clásicas, problemas reabiertos, nuevas perspectivas. Calas, sin duda, concretas, pero, en conjunto, representativas —creemos— de aspectos clave en la historia de la transmisión de los textos griegos y latinos. La historia de los textos, desde esta perspectiva, permite advertir que los códices que los recorren en, a menudo, complicadas peripecias («habent sua fata libelli»), son valiosos depositarios de textos en copias plagadas de variantes que editores y filólogos debemos ponderar, pero, a la vez, son también testigos vivos y excepcionales de una historia que late bajo cada siglo y cada signatura. Lo advierte con acierto Teresa Martínez Manzano en el bello final con que concluye su trabajo: «La historia de los textos no puede entenderse como una disciplina cuyo único objetivo sea la construcción de árboles genealógicos de cuyas ramas penden entidades abstractas representadas mediante siglas. La historia de los textos es también una historia de ideas, de gustos, de sensibilidades. Y de libros muy concretos. Y de hombres que los han llevado a cuestras». De tal historia, tales textos, tales libros y tales hombres, tiene el lector una muestra escogida en las páginas que siguen.

Un volumen así no podría haber visto la luz sin la colaboración de personas e instituciones, a los que los editores, desde estas páginas, rinden tributo de sincero agradecimiento: a la SEEC, personificada en el ya citado D. Jesús de la Villa, impulsor del proyecto; a la Secretaria de la revista *Estudios Clásicos*, D.^a Belén Gala, que tan eficientemente ha organizado la

recepción y evaluación de los trabajos, como disponen los estatutos de la revista, por pares anónimos —a quienes también queremos testimoniar nuestro reconocimiento por su callada, pero utilísima labor—; por supuesto, a los colaboradores del volumen, que con tanta generosidad y esfuerzo han intentado dejar lo mejor de sí en ellos, siempre receptivos a las sugerencias de los revisores y editores; y también, y no menos, al responsable, con su reconocida competencia, de la maquetación del volumen y otros detalles técnicos, D. Juan Manuel Macías. A todos ellos, muchas gracias.

Al llegar al final de estas líneas, y con la vista puesta en el volumen, por fin concluido y editado, no podemos menos que repetir aquellas emotivas palabras del copista al final de su viejo manuscrito:

Como los viajeros se alegran al ver su patria,
así también los copistas al ver el final de su libro.

(ms. Matrit. BN 4580, f. 70)